

Fecha de recepción: 13-10-2018
Fecha de aceptación: 29-11-2018

Link para este artículo: <http://dx.doi.org/10.14198/ALEUA.2019.31.06>

Puede citar este artículo como:

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, «Desde La Cerrada: reminiscencias del viejo Santander que conoció Ambrosio Menjón», *Anales de Literatura Española*, n.º 31 (2019), pp. 105-116.

«DESDE LA CERRADA»: REMINISCENCIAS DEL VIEJO SANTANDER QUE CONOCIÓ AMBROSIO MENJÓN¹

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA
The Ohio State University

Resumen

Ambrosio Menjón fue capellán en los vapores de la Compañía Transatlántica y estuvo a cargo de una parroquia en Cuba. Retirado en Santander escribió unos relatos en los que evocaba el Santander de su niñez y el del presente, y sus viajes a América. Estos relatos, casi desconocidos hasta ahora, tienen gran sabor costumbrista y están escritos desde la perspectiva de un testigo.

Palabras clave: Ambrosio Menjón, reminiscencias, Santander, costumbrismo, veraneo Cuba

Abstract

Ambrosio Menjón was a Chaplain on the steamships of the *Compañía Transatlántica* and was in charge of a parish in Cuba. After retiring to Santander, he wrote stories that evoked the Santander of his youth as well as of his present days, and his voyages to America. These stories, practically unknown until now, have local color flavor, and are written from the point a view of a witness.

Keywords: Ambrosio Menjón, reminiscences, Santander, local color «costumbrismo», vacations, Cuba.

1. Agradezco a mis amigos del Centro de Estudios Montañeses Fernando Vierna, Francisco Gutiérrez Díaz y Ángel de la Colina el valioso material de archivo y otros datos que me han facilitado para llevar a cabo este trabajo.

El interés por las costumbres de las clases trabajadoras urbanas aparecería en las letras de Cantabria en el último cuarto del siglo XVIII con el *Entremés de la buena gloria* (García Castañeda, 1988: 273-308). En el XIX se manifiesta en la prensa principalmente de mano de los costumbristas. Ninguno de ellos alcanzaría un conocimiento tan profundo de estas gentes como Ambrosio Menjón (1829-1894) quien, según testimonios de su época fue muy querido de la gente de mar.² Los relatos dedicados a evocar su infancia y primera juventud en «el barrio del gusto», son, a mi juicio, lo mejor de su producción literaria.

Fue íntimo de Pereda, capellán en los vapores de la Transatlántica, a cargo de una parroquia en Cuba, muy estimado en Santander como predicador y como persona. Aunque apenas mencionado por los estudiosos del autor de *Sotileza*³, fueron íntimos —«Desde que estudiamos juntos el *Musa musae* ha sido entusiasta y fervoroso amigo mío»— escribía éste a Oller —y además de Enrique Menéndez Pelayo, quien le consideraba «algo literato» (1906: 20) apenas hay otras referencias a su labor literaria.

No escribió hasta los últimos años de su vida cuando se retiró a Santander. Desde allí, bajo el seudónimo *Sardinero*, se entretuvo en escribir varias narraciones, no pasan de catorce, en las que evocaba gentes y cosas del pasado para un reducido público lector: «hablo con los indígenas, con los criollos de Santander» («Las siete tuestas»).

Publicadas bajo el seudónimo de *Sardinero*, estas reminiscencias podrían considerarse cuentos, artículos de costumbres, retratos de personajes o relatos picarescos. Publicó trece en *El Atlántico* y una, «Etapas de un marino», en el *Album De Cantabria*, desde principios de 1889 hasta fines del año siguiente. Temáticamente podrían clasificarse como: a) artículos de crítica literaria: «La puchera», (*El Atlántico*, 15 de enero de 1889) y «El caldo» (*El Atlántico*, 3 de febrero de 1889); b) reminiscencias de infancia y juventud: «Las siete tuestas» (*El Atlántico*, 11 de febrero de 1889), «Se afita a dos cuartos» (*El Atlántico*, 5 de marzo de 1889), «La pytonisa del barrio del Gusto» (*El Atlántico*, 7 de junio de 1889), «Mascavidrios» (*Miscelánea Semanal de El Atlántico*, 25 de febrero de 1889), y «Cabezas» (*El Atlántico*, 2 de octubre de 1889); c) El *Sardinero* que conoció a mediados de siglo y el de 1890: «Las guerrillas» (*El Atlántico*, 16 de julio de 1889), «El cuerpo de ejército» (*El Atlántico*, 11 de Agosto de 1889), «Desde la Cerrada» (*El Atlántico*, 15 del julio de 1889), «Lo de hoy» (*El Atlántico*, 17 de Agosto de 1889), «Di quiá el agosto» (*El Atlántico*, 11 de

2. Curiosamente, no escribió nada, que sepamos, acerca de los marineros y pescadores santanderinos.

3. Mencionado brevemente por García Castañeda (1991: 64-65), así como su relato «Etapas de un marino», en la misma obra (1991: 121-122).

septiembre de 1889), y «Más impertinencias», sobre los baños de Ontaneda (*El Atlántico*, 15 de octubre de 1890); y d) «Etapas de un marino» (1890: 135-140), con el recuerdo de sus viajes a América.

Ofrecen el interés de mostrar un aspecto íntimo del viejo Santander del XIX, digamos, a partir de los años cuarenta, y el de la evolución del Sardinero y de Miranda desde entonces hasta el tiempo de los elegantes veraneos de la Restauración. Ambas épocas están vistas desde la perspectiva de un testigo presencial, pues vivió en la calle de Atarazanas en su niñez y en su primera juventud y, ya retirado, en Miranda durante los años 80. Están escritas en una prosa colorista y vibrante, de un realismo descarnado en ocasiones cercano al naturalismo, de carácter testimonial y rica en datos etnográficos y costumbristas, apenas conocidos hoy.

Durante su infancia y juventud vivió en el viejo Santander, cerca de la subida a la catedral, un barrio formado, según Simón Cabarga, por el callejón del Infierno, una «rua lóbrega con un solo establecimiento de bebidas», la calle del Rincón, que «solo de noche cobraba cierto movimiento de sombras fugitivas y celestinescas, porque les era propicio, dada la proximidad de los lugares de recreo poco confesables», Rúa Menor y el estrecho callejón del Viento (Simón Cabarga, 2001:1124).⁴ Vivía allí gente de clase social baja, y alguna de actividades dudosas, entre ella no pocos personajes, extravagantes y marginales, y algunos picarescos.

Estos son recuerdos de los años 1840 y 1850 y parece que por entonces, Santander fue pródiga en ellos; gente que no eran *tipos* en el sentido costumbrista de la palabra, pues no representaban grupos o clases sociales sino personajes que interesaban precisamente por ser únicos y diferentes a todos los demás. Refiriéndose a los radicales cambios experimentados por las costumbres en Santander desde los años 40 a 1868 cuando publicó «El primer sombrero», escribía Pereda que «No hay en Santander quien no recuerde», al Tío Pipuela, Capa-Rota, don Lorenzo, Jerónimo, Esteban, el aguador Juan alabado sea Dios, Cobertera, el tío Cayetano, Mingo y a otros más. Eran perdedores de la vida, seres marginales que vivían en un mundo apenas conocido por el resto de sus contemporáneos y que hacían lo poco que sabían para subsistir. El poeta Calixto Fernández Camporredondo y Pereda les vieron desde la distanciada perspectiva del costumbrista como seres pintorescos, pero Menjón convivió con ellos y ayudó a morir a algunos.

4. En un caserón del callejón del Viento, donde vivía Sinforoso Quintanilla, se reunían los contertulios de Pereda en «las Catacumbas».

Está muy consciente de que a los lectores de un periódico burgués y conservador como *El Atlántico* va a parecerles algo propio de un mundo de su fantasía, a pesar de tenerle tan cerca. Por ello se dirige a ese «exótico», que bien puede ser foráneo o ajeno a ese mundo, y cuando habla «con los indígenas, con los criollos de Santander, a quienes, no ha de parecer tan tonto [...] este verídico relato» sin duda piensa en los de su generación.

Y tanto en «Las siete tuestas» como en otros relatos insiste en que «esto [no] es novela ni leyenda; esto es historia real y verdadera» y en que quedan «testigos, y no pocos» que lo vivieron. Sus primeros recuerdos de las siete tuestas son del tiempo de su infancia, pues «la de la posada de a cuarto», «la Cenicera», «la Huevito», «la Maricaraja», «la Papito», «la Chona» y «la Espántalo», vivían en una calle «a espaldas de la casa en que nací y me crié». En aquella posada dormían las polleras y las hueveras de los pueblos que venían al mercado, y marineros de los pataches. Una de ellas se casó con otro huésped, que era «profesor de escoba de las calles de esta ciudad», y a la boda, que se celebró en la posada, «asistí yo y me divertí mucho viendo aquel regumbio. Se sirvió la cena, compuesta de callos, sidra y queso de pasiegas del Figón de la Paz, donde se comía y bebía con equidad, según rezaba la muestra» («Las siete tuestas»).

«En un chiquero, que aún existe, en la travesía de la calle del Rincón a la de Ruamenor, con unas cuantas escaleras, pindias como las del patíbulo y tan limpias, que servían para las diligencias urgentes de las “Señoras de la Junta”», vivía una pitonisa con el tamborilero Juan Callejo, Manuela del Cantón y Nisio Patucas,

enano, con la cara de un kilómetro de larga, el cuerpo de hombre y las piernas de niño de teta, muy conocido de mis coetáneos por los palos que con sus muletas atizaba en las espinillas, por lo bien que bailaba a pesar de sus muletas, y por sus amoríos con la Pytonisa, del cual se dijo si hacía o no hacía con ella vida *quasi* matrimonial, y si o no hubo «alguno de familia», chismes del «barrio del gusto» que maldito lo que nos importan.

La Pytonisa vivía de echar las cartas, se reunía con los otros tres por las tardes en una taberna y después de tomarse medio cuartillo de aguardiente, cantaban y emprendían un bailoteo, y el ruido llevaba a la puerta de la taberna a multitud de aldeanos, criadas de servicio, soldados, y granujas que en ocasiones querían «echarse las cartas».

Parece que el capellán estuvo familiarizado con la muerte desde muy joven; cuando falleció la tuesta «de la posada de abajo» era monaguillo, «yo iba tocando la campanilla cuando la administraron el Viático» y, con el tiempo, «vi muertas a las siete» («Las siete tuestas»). Quizá por esta familiaridad insiste

en los relatos sobre su viejo barrio en contar la muerte de algunos personajes con un humorismo fúnebre.

Patucas y la Pytonisa estuvieron a pique de casarse por la Iglesia, «si no le hubiera ocurrido a Patucas coger la gran chumacera el día en que se tomaron los dichos» y caer redondo muerto, sobre un basurero en el corralón de Zuloaga, que era entonces depósito de barreduras de las casas inmediatas. Y cuando el autor, «hombre ya», recordaba a la Pytonisa el fin de Patucas, de la Manuela del Cantón y de Juan Callejo, y que le aguardaba un término parecido, lloraba, pero no cambiaba de vida. Y aquel capellán fatalista pensaba «que no es fácil empresa cuando se ha doblado la esquina de la vida, cambiar de hábitos y enfrenar los vicios: yo, al menos, no tengo noticia de nadie en quien se haya obrado tal milagro». La Pytonisa murió «como había vivido. La basura fue su elemento: en el basurero de un “portalón”», camino de Castilla apareció muerta una madrugada” («La pitonisa»).

El célebre Capa Ratonés, remendón en un portal del «Arco de la Reina», de un berrinche «y del aguardiente a que se dio después, vino a morir sobre una prensa de sacos de lana, frente a la fragua del tío Vicentín» («Mascavidrios»), y el tío Cayetano,⁵ que había dormido en la calle gran parte de su vida, «murió “al sereno” bajo el goterial de un tejado». Humor negro esperpéntico y descarnado que acompaña estas muertes de seres anodinos y marginales que no dejan memoria.

Remigio Salomón señalaba en su *Guía de Santander* para 1860 que Miranda y el Sardinero eran «afueras de la ciudad». De vuelta de sus viajes, y desde las alturas de Miranda contempla Menjón el Sardinero de su tiempo, y ahora habla en primera persona a aquellos contemporáneos y amigos fallecidos, les supone festivamente en el Purgatorio y les va recordando el Santander que conocieron, y les cuenta los adelantos que hay en la ciudad, y sobre todo en el Sardinero. Da una visión panorámica casi a vista de pájaro desde La Cerrada

Antes de la llegada a Santander del ferrocarril del Norte los castellanos venían en carro o cargaban los enseres en una mula o en un asno; los de Cantimpalo, en la provincia de Segovia, tardaron nueve días en carro («Las guerrillas»). El ferrocarril ya funcionaba en los años 70, y cuando escribía

5. Pereda tituló uno de sus periódicos *El Tío Cayetano* (1858-1859), que era el nombre de un conocido mendigo, y a raíz de la Gloriosa, dio el mismo a otro publicado en 1868 y 1869, en el que encabezaba la primera página un dibujo con el busto de Cayetano, un viejo barbudo con antiparras y un chafado sombrero de copa.

Menjón en 1889, «el Sardinero corre peligro de no poder admitir un bañista más» («El cuerpo de ejército»). Terminados los baños, los de los pueblos del interior también volvían en tren, «En tercera van, camino de Castilla. Irían en primera, como el más pintao pero lo mismo corre el tren en una que en otra, al mismo tiempo llegan a casa que los señores y por eso eligen tercera» («De quiá el agosto»).

En aquel Sardinero veraniego cada año más poblado de gente de la clase alta y de la media, venida de Madrid y de otras capitales para bañarse, ver y ser vistos, se acentuaba la otredad de quienes venían de los pueblos castellanos, gente de pocos posibles y aspecto pintoresco y rústico, que despertaba la curiosidad y divertía a sus compatriotas de la ciudad. Pereda los retrató brevemente en *Tipos trashumantes*, y en *Tipos y paisajes* sin la agresividad que dedicó a los madrileños, pero con el paternalismo despectivo de quienes viven en la costa hacia las gentes del interior. Debemos a Menjón, observador agudo con un fino sentido del humor, la relación de la vida y costumbres de estas gentes en «Las guerrillas», «El cuerpo de ejército», «Di quiá el agosto», «Lo de hoy» y «Desde la Cerrada». Los presenta como gente de bien y con simpatía, pero como seres curiosos y ridículos, a los que hay que ir a ver para divertirse: «La entrada y salida del baño, con enaguilla y media levita las hembras, y en calzón corto los machos con pañuelo a la cabeza por *onestidá* es tan de ver como...[...] El que quiera pasar un buen rato que vaya a verlos en la Concha; se les encuentra todas las tardes, a las cinco [...]» («Las guerrillas»).

Los médicos solían recomendar quince baños o treinta, pero quienes venían de los pueblos a sanar de lamparones, a cambiar la sangre y echar buena color se daban dos cada día, y a veces tres, para acortar la estancia y ahorrar gastos. Aquellos agüistas castellanos se hospedaban en las posadas del Alto de Miranda, y quienes ya se podían llamar veraneantes, los burgueses de posición más alta venidos de las ciudades, en las fondas del Sardinero. Exageraciones aparte, aquellas posadas, descritas humorísticamente por *Sardinero* parecen responder bastante a una realidad difícil de imaginar hoy día. Estaban regidas por mesoneras como la Chaparruda, la Chiscona y la Churraportales, hembras de armas tomar, ávidas de aprovechar hasta el último céntimo de sus no menos ávidos huéspedes.

—Porque la Chiscona me cobró por cama, luz y leña a razón de meo uro ca día, —explicaba el Cojo— y eso que dormíamos de cuatro en fondo, teníamos pa las necesidades mayores el pinar y pa las menores la ventana de la panera, y a más, por poco me muerde al ajustar la cuenta.

Los veraneantes llegados de la Corte preocupan mucho menos a *Sardinero*, con quienes no simpatizaba, a juzgar por el poco espacio que les dedica y el juicio

que les merecen. Cuando un señorito rico y frívolo que vuelve a Madrid con su equipaje, «diez mundos, cuatro maletas, tres perros, una cotorra y el fardo de la señorita» habla con el camarero del hotel revela que «el fardo» es su amante del verano («De quiá el agosto»). Otra pareja es la de unos rateros «de familias distinguidas» de las Vistillas que lamentan las escasas posibilidades que ofrece Santander para ejercer el oficio, y «dos señoritas en mal uso», uno de los eufemismas que usa el autor para designar a las chicas de vida alegre, cotillean usando los vulgarismos e incorrecciones en el habla propias de su escasa educación («El cuerpo del ejército»). A ellos se añaden unos cesantes hablando de política, «jurando que con su sistema, es decir, cuando ellos gasten coche, van a llover jamones gallegos y monedas de cinco duros» («Desde la Cerrada»).

«Etapas de un marino» parece ser cronológicamente el último relato que escribió Menjón, y es el único autobiográfico. Ambrosio Menjón fue íntimo desde muy joven del capitán de la Transatlántica don Mariano Lastra, cuando era «un hombre de barba muy cerrada», y el autor «un mal estudiantillo de latín». Describe los jóvenes marinos mercantes santanderinos de la primera mitad del XIX, y sus costumbres, nombra a algunos, y recuerda sus pueriles travesuras. Comenzaban su trabajosa carrera llena de peligros en barcos como el *Trasmerano Chiquito*, donde empezó a navegar Lastra, que tenía trescientas toneladas, y tardaba dos o tres meses en llegar a Cuba.⁶ Y evoca nostálgicamente a aquellos marinos de los barcos de vela, contemporáneos suyos, «seres de una raza que se acabó años hace. Si alguno queda para muestra está relegado al museo de antigüedades. El vapor concluyó con los hombres de mar».

Parece que Menjón fue capellán de *La Hermosa de Trasmiera*, que llevaba casi exclusivamente pasajeros, y en la que estuvo con frecuencia en Cuba. Y en este relato da una visión de la próspera Habana de los 1860, en cuyos muelles solía haber atracados entonces «una docena de barcos de Santander», y en cuyas bodegas y almacenes se ganaban la vida los pequeños emigrantes montañeses, cuyas «pobres familias [...] esperaban la onza del hijo ausente y la carta, la cajita de dulces, y el pañuelo para la madre».

De entonces relata graciosas escenas con vívidos diálogos, como aquella en la que el capitán toma las cuentas al montañés Escajeras, dueño de una bodega, en la que sirve su protegido *Calzonucos*, y la de una alegre cena a bordo de la *Trasmiera* con otros marinos de Santander, alguno de ellos todavía vivo cuando escribía. Y queda la breve estampa de la salida de la fragata. «A los pocos días

6. La frase de Pereda «la costa de Africa, adonde iban algunos, o Sierra-Leona, adonde los llevaban los cruceros ingleses» («Un marino», *oc.*, 1989: 219-220) se refiere indudablemente al tráfico de esclavos. Vid. Barreda (1953): 5-22).

salía por la boca del Morro la *Trasmiera*, gallarda, hermosísima, con todo el aparejo largo, despedida por cientos de amigos [...] Iba abarrotada de indianos, moribundos los unos, aplatanados los otros».

Una segunda parte del relato son «las memorias de un capellán, que dio con él bastantes viajes» en las que relata la vida a bordo del vapor-correo *Guipúzcoa*, que mandaba Lastra, con pintorescas anécdotas como la de la traviesa mona, la de la grandiosa corrida de toros celebrada a bordo, haciendo de toro el carnero *Perico*, y la del mareo de Francisco Camprodón, el libretista de *Marina*.

La narración pasa a tercera persona, «Hasta aquí llega el capellán en sus memorias». Cansados de navegar, se retiraron, pero Lastra echaba en falta la mar, estaba entristecido y caviloso y «una fiebre maligna acabó con él en cuatro días»; «murió –escribe don Ambrosio– cristianamente en mis brazos». «Etapas de un marino» concluye con un emocionado *post scriptum* firmado ahora por Ambrosio Menjón, el hombre, y no el *Sardinero* creador de ficciones, «A Mariano Lastra debo, en primer término, el pedazo de pan que me alimenta y la vida que llevo, lejos de los ruidos del mundo, *cogitando dies antiquos et annos aeternos*. Sean testimonio de gratitud estas cuartillas».

A juicio de sus contemporáneos, Ambrosio Menjón fue un hombre inteligente y ambicioso, hijo de sus obras, de palabra fácil, con muchos amigos, generoso y populista, que llevó una vida muy diversa a la de los eclesiásticos de su tiempo. Dejó una obra literaria muy breve, escrita en apenas dos años acerca del viejo Santander de su juventud, y el del presente; aunque solo tenía 60 años cuando escribía en *El Atlántico*, parecía estar despidiéndose de la vida y murió tres años después (1893).

Como ya vimos, fue íntimo de Pereda y admirador incondicional de su obra. No deja de sorprender que escribiera sobre algunos temas que el autor de *Sotileza* había tocado muchas décadas antes, aunque lo hizo de manera muy diversa, sobre gentes con las que había convivido y compartido experiencias, y llegó a ser en ocasiones narrador y un personaje más de sus relatos.

Hizo costumbrismo atraído por el pintoresquismo y por la humanidad de aquella gente anodina que conoció, y en muchas ocasiones trató, más que por «estudiar» sus costumbres, que para él no necesitaban estudio. Vivía en barrios pobres a los que no se iba y el resto de los santanderinos no la trataba. Para él no eran «el otro», muchos fueron sus vecinos desde que era chaval, y le habían visto crecer, y cuando escribe, es a la vez narrador y personaje, sin las distancias que marca la perspectiva. Testigo de la evolución de gentes y

costumbres y de los cambios urbanos, *Sardinero* escribía que «no era entonces aquello lo que es hoy».

Otro carácter tiene su visión de quienes llegaban del interior para tomar los baños de ola. Estos sí eran un «otro» al que conocía de vista sin haberle tratado y al que observó atentamente con la curiosidad propia del costumbrista. Era buena gente que no merecía la sátira, pero sus costumbres ejemplificaban anecdóticamente la vieja oposición de la ciudad frente al campo.

Si en las narraciones dedicadas al «barrio del gusto» don Ambrosio escribía para sus viejos contemporáneos ahora irá mostrando la evolución de aquel *Sardinero*, que tantó amó, desde lo que fue hasta el presente, y Miranda llegó a ser su segunda patria.

En estos relatos importa menos el asunto que la manera de contarlo, carecen de intriga y de trama argumental y ofrecen las características propias del cuento, o del estudio de tipos y costumbres. Formado en la tradición clásica, *Sardinero* escribe en un castellano castizo, fluido y colorista, al que incorpora localismos, incorrecciones y términos dialectales, y del que está ausente aquella influencia del *Quijote* –«La del alba sería»– que afectó a tantos contemporáneos. Dotado de gran talento descriptivo cuenta lo que recuerda o lo que ve de manera coloquial y directa y deja hablar libremente a sus personajes, en pasajes a veces propios de una obra teatral. Y se dirige directamente a los lectores con los que establece un diálogo: «Ya se figurarán ustedes», «No, hombre, no ¿Qué ha de vivir? ¡Pues no hace tiempo que salieron del entierro! ¿No leyó usted que vi muertas a las siete?» («Las siete tuertas»).

Cuenta con una precisión exacta que permite situar calles y edificios y cómo y cuándo desaparecieron, dónde estuvieron algunas tiendas o vivieron éste o aquel personaje. «Se afeita a dos cuartos», valga el ejemplo, es una magnífica evocación topográfica del viejo Santander. Con excepción de «La puchera» y «El caldo» son artículos que por la detallada descripción de los usos y las costumbres adquieren carácter etnográfico.

Contaba por el gusto de contar, para compartir con los santanderinos de su tiempo el recuerdo de tipos y de calles desaparecidos, que eran vejeces sin interés para quienes todo aquello no formaba parte de su vida. Escribió «Desde la Cerrada» para entretenerse y matar el tiempo dando a sus recuerdos un matiz humorístico bajo el que a floraba la nostalgia de un mundo ya ido. Evocaba el Santander del pasado, y mostraba orgullosamente las mejoras de aquel *Sardinero*, cuyo nombre adoptó como seudónimo, en el que iban surgiendo las nuevas residencias, el tranvía, los balnearios, la ermita de San Roque, el Gran Hotel y el Casino.

Don Ambrosio guarda las distancias que marcan la diferencia de educación y de clase, y en su caso, de sacerdote, aunque su enfoque moral de los «mascavidrios», las prostitutas y los pícaros, es benévolo, paternalista y humorístico, en parte por ser gente inofensiva y pintoresca que no amenaza el orden social establecido y, en parte, por el pesimismo, hijo de su experiencia, de que aquellas vidas no tenían esperanza ni remedio.

Pero bajo su apariencia de hombre tolerante y mundano había un capellán de principios religiosos y políticos del más puro conservadurismo. El *Boletín Oficial de la Provincia de Santander* del 1 de junio de 1870 anunció su suspensión de empleo y sueldo por haberse negado a prestar juramento a la Constitución de 1869, aquella que animó a sus amigos a publicar el combativo *Tío Cayetano*. Retrató irónicamente a los progresistas como borrachines y zapateros de portal esparteristas que gritaban ¡Viva la *Costitución!*, «progenitores de los que años adelante gritaron ¡Abajo los Borbones, y las quintas, y los consumos, y los curas! –con la honrada intención de ser ellos quienes vivieran de la real hogaza, engordaran con el rancho de los cuarteles, se atiborrasen con las buscas del arbitrio municipal y apandasen los recortes de las sacristías» («Cabezas»).

Refiriéndose a la antigua relación que mantuvieron Burgos y Santander en los tiempos de la carretería, con la que acabó el tren, lamentaba que aunque «los caminos de hierro facilitan la comunicación entre los pueblos [...] la locomotora lleva en sus entrañas un infierno que, convirtiendo el camino en humo, aleja los corazones, y tengo para mí que semejante invento, lo mismo en la fábrica que en la nave, que en el camino de hierro, ha tenido buena parte de culpa en el feroz egoísmo del día de hoy y del embrutecimiento de las masas» («Más impertinencias»).

Le entristecían el materialismo y la falta de principios morales de la gente, pues «El oropel del día, la farándula de cuanto veo, la tristeza que se descubre en la hipócrita alegría, el ansia por comer, intimar con *toreadores* y bailar, el *furens amoris* de “los cerdos de las pjaras de Epicuro” y lo demás que alcanza la vista, no da lumbres para el género humorístico» («*Lo de hoy*». «Mas impertinencias»).

Era enemigo del independentismo, en carta a Menéndez Pelayo escrita desde Cuba (Villaclara, 24 diciembre de 1882) en tiempos de efervescencia política, tachaba al clero cubano de «cínicos, inmorales, groseramente ignorantes en cosas eclesiásticas y volterianos», que laboraban «contra la Madre [Patria] a quien deben el color que tienen y los zapatos que calzan». Y aseguraba que los obispos no ordenaban «ni a tres tirones a los nacidos y educados en este islote, que tanto forcejamos por conservar».

Sardinero, hasta ahora desconocido, escribió sobre la gente y las costumbres del Santander decimonónico vistas desde la perspectiva de un testigo presencial. Sus relatos, escritos en una prosa colorista, castiza, y en ocasiones descarnada, abunda en datos etnográficos y costumbristas que revelan un aspecto íntimo del viejo Santander. Por la originalidad y la calidad literaria de su estilo y el carácter testimonial de su obra, pienso que Ambrosio Menjón merece ya formar parte de las letras de Cantabria.

Bibliografía citada

- BARREDA, Fernando, «La trata desde el puerto de Santander», *BBMP*, XXIX (1963), pp. 5-22.
- FERNÁNDEZ CAMPORREDONDO, Calixto, «A la muerte de Juan Callejo», *Ecos de la Montaña*, Santander, Hijos de Martínez, 1863, 171-173.
- «A una rubia (La célebre Sandalia)», *Ecos de la Montaña*, Santander, Hijos de Martínez, 1862, 75-76.
- «Juan Callejo», *Ecos de la Montaña*, Santander, Hijos de Martínez, 1862, 165-169.
- «Oda a las inapreciables joyas de la provincia Mingo y Sandalia», *El Capricho*, 13 (2 de agosto de 1849), p. 88.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, «El Entremés de la Buena Gloria (1783) de Pedro García Diego. Estudio y edición», *Anales de Literatura Española*, 6 (1988), 273-308.
- *Los montañeses pintados por sí mismos. Un panorama del Costumbrismo en Cantabria*. Santander, Concejalía de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander y Ediciones de Librería Estvdio, 1991, 86-87).
- *Obras Completas* de Pereda, vols. I, II, IX, X y XI, Santander, Ediciones Tantín, 1989-2009, *passim*.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, Rafael. *Capitanes de Cantabria*, Santander, Diputación Provincial, 1970.
- MENJÓN, Ambrosio, «Etapas de un marino», *De Cantabria.-Letras.-Artes.-Historia.-Su vida actual*, Santander, Imprenta y Litografía de El Atlántico, Plaza de la Libertad, nº 1, 1890, pp. 135-140.
- Carta a Menéndez Pelayo, *Epistolario*, V, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1983, 436.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique. «Carácter de Pereda», *Apuntes para la biografía de Pereda. El Diario Montañés*, Número extraordinario, Santander, 1 de mayo de 1906.
- PEREDA, José María de, «Un marino», *Escenas montañesas*, OC, I, 1989, pp. 219-220.
- SALOMÓN, Remigio. *Guía de Santander*, Santander, Imprenta de Ignacio González, Compañía, nº 1, 1861, 2ª. edición corregida.

SIMÓN CABARGA, José, *Santander en la historia de sus calles*, Santander, Librería Estvdio, 2001.

— *Santander Biografía de una ciudad*. Santander, Librería Estvdio, 2001.